

LA FUENTE DEL TORMO

por

ANDURRIALES

En 1953 tener 11 años no resultaba nada fácil en un pueblo como Fuertescusa. Claro que ser conejo, habiendo un chaval de 11 años cerca, tampoco era nada envidiable. La verdad es que también la suerte era un factor a tener en cuenta, factor malo para el conejo, bueno para el chaval, en este caso.

Quizás si el día hubiese sido lluvioso, o si hiciese mucho frío. Si hubiera sido festivo o época de mucha faena en casa. Quizás, de haber sido más temprano, el conejo podría haberse librado del caldero.

Pero el determinante no había sido solo el momento. Si el careo del roedor hubiese discurrido por otra parte del término, o si el chaval se hubiese decidido por otra fuente...

El caso es que el muchacho, de menguada estatura para su edad, y más menguada cintura por una alimentación "estricta", había acudido a la Fuente del Tormo a buscar rapaculos. Aquel día había salido pronto de la escuela puesto que el maestro estaba examinando a los alumnos del último curso. A los demás les había puesto tareas y les permitía abandonar la clase al terminirlas. Esto incentivó a Juan para ser el primero en terminar y salir mucho antes que sus compañeros.

Una de las tareas consistía en que los alumnos debían relatar la transformación que a lo largo de su vida sufrían algunos animales, como las mariposas o las ranas. Aquello le dio la idea a Juan de ir a la Fuente de la Erilla a ver si encontraba rapaculos.

El tiempo era benigno, si bien por las mañanas todavía hacia fresco. Eran primeros de junio y las huertas empezaban a poblarse de matas verdes. En el campo había hombres escavando las patatas y mujeres plantando lechugas.

Subió por detrás del pilón y atravesó la chopera hasta el lavadero. A veces se formaban charcos en el rebosadero y era el lugar propicio para que se criasen los rapaculos. Dos mujeres retorcían ropa sobre el pilón y otra ya se retiraba a su casa con un cesto de mimbre sobre la rodilla, encima de la cabeza, apuntalado con un brazo y con el otro en la cadera.

- ¿Ya te has escapado del maestro, Juanito?

- No. Me dejó ir.

- No será por nada bueno...

- Terminé pronto las tareas.

La mujer se despidió de las otras con un gesto e inició el ascenso por la vereda que pasaba junto a la caseta de la luz.

Juan escudriñó los perímetros húmedos del lavadero y, concluyendo que no había rapaculos, descendió hasta la carretera. Al llegar a la fuente la inspección para ver si en aquel lugar hubiese alguno, pero tampoco hubo suerte. Se sentó sobre el muro trasero de la fuente, con los pies colgado sobre el pilón. Si por la tarde no tenía faenas en casa iría a la Fuente del Bronchero.

Enfrente, el Cucurucho se recortaba majestuoso sobre un azul intenso con algunas nubes blancas que parecían pintadas. Estaban tan paradas que parecían no moverse. Pero sí, si se movían. El aire también parecía estar estático y las campanadas de las doce lo llenaron con un sonido casi atronador.

Por su derecha y por medio de la carretera llegaba Evaristo con el macho. Traía la albarda llena de ababoles, presumiblemente para las gallinas. Juan sabía que Evaristo no valía ya para muchos trabajos y por eso su hijo y su nuera, con los que vivía desde que enviudó, le encargaban de sacar a pastar al macho y de recoger hierba para el corral. Cada mañana Evaristo sacaba al macho hasta algún iriazó y lo maneaba para que pastase mientras que él se sentaba en una sombra, sacaba su navaja y tallaba una vara de sarga. Cuando veía que el sol subía lo suficiente y que el animal había comido la hierba a placer, buscaba unos ababoles para las gallinas y los cargaba. Juan no

entendía porqué Evaristo maneaba el macho. En su casa la mula siempre se ataba con el ramal a una estaca que había que clavar al terreno firmemente con una peña. Juan, cuando veía una caballería maneada pensaba siempre que podría huir, a sus despacios, y esconderse de sus dueños para lograr la libertad y evitar los trabajos pesados.

- ¡Eh, Juanito! ¿Ya te has escapado de la escuela?

- No. ¡Qué va! Me dejaron salir.

Juan empezaba a desear que saliesen sus compañeros y al formar un grupo más numeroso dejasen de preguntarle a él que si se había escapado de la escuela. Apoyó los brazos y levanto el culo desplazándolo lateralmente por el muro que sostenía el talud sobre el pilón. Repitió la operación dos veces más, a medida que Evaristo se acercaba, dejando libre el centro del pilón. El macho se aproximó y miró casi intrigado a Juan con un enorme ojo de color oscuro. Por un momento se sintió intimidado por el animal, pero cuando olió el agua agachó la cabeza y comenzó a beber despacio. El agua le escurría por las barbas y parecía que la masticaba.

- ¿Eso para las gallinas?

- Eso para las gallinas. Para ver si ponen huevos de dos yemas. ¿Has visto alguno?

- Si muchas veces. En casa tuvimos una gallina que ponía muchos de dos yemas.

- Dicen que si comen ababoles los huevos son mejores.

El macho se tomó su tiempo. Cuando sació su sed comenzó a recular levantando la cabeza. Aquel enorme ojo oscuro volvió a mirar a Juan, pero ahora éste no se sintió intimidado.

- ¿Usted sabe donde hay rapaculos?

- ¿Rapaculos?

Juan asintió.

- Los rapaculos son más del Bronchero. También en la fuente de las Callejas. Ya debe haber. Hace mucho que no he ido por allí.

- Luego iré a buscar.

- Muy bien. Que tengas suerte...

Evaristo se giró y el macho repitió el movimiento, enfilaron por la calle de la Erilla. Poco a poco el sonido de los cascos sobre la tierra y los cantos se fue amortiguando y todo quedó tan en silencio como antes de las campanadas. Todo salvo el chorro de agua que manaba del caño metálico.

Juan se puso a pensar en la cantidad de agua que habría pasado por ese caño desde que se construyó la fuente. Él la recordaba desde siempre, pero intuía que llevaba construida muchos más años que los que abarcaba su memoria. Cuando pasaba por aquella fuente le gustaba ver el chorro caer sobre un pilón siempre lleno, para que abrevasen las caballerías y el ganado. Sabía que el origen de la fuente no estaba allí, sino un poco más arriba, al pie de un muro, y que el agua estaba canalizada hasta el pilón de piedra, pero no se podía imaginar que sería de la entrada del pueblo si no tuviese aquel pilón de piedra. Quizás pocos sitios en Fuertescusa hayan sido testigos de tantas cosas como la Fuente del Tormo.

De pronto, casi como una premonición, Juan percibió algo por el rabillo del ojo. Algo a su derecha, hacia el final de los chopos donde había una noguera con el tronco hueco. Algo se había movido entre la hierba. No había visto ni siquiera un bulto, solo un movimiento fuera de lugar, pero le bastaba para saber que debía de tener sus sentidos alerta. Rebuscó en sus bolsillos, y como cualquier chiquillo con once años, encontró una piedra. A medio metro de su mano había otra. La del bolsillo la pasó a la izquierda y con la un ligero giro de cintura, anclando las nalgas sobre el muro ya que seguía con los pies colgando sobre el pilón, alargo la derecha y capturó la segunda piedra. Las sopesó mentalmente y decidió que cada piedra estaba en la mano correcta. La más indicada como proyectil en la diestra y la otra, como reserva en la zurda.

El movimiento se repitió. Seguía sin ver ningún contorno, pero sabía que había algo. E intuía qué era. El corazón se le aceleró, comenzaba a moverse

muy fuerte dentro de su pecho y empezó a sentir el calor de la tensión. Unas briznas de hierba se apartaron y un hocico chato precedió a la mirada lánguida del conejo. Todo ocurrió en el mismo instante. El conejo dio un pequeño salto hacia a la reguera del agua que rebosaba de la fuente. Juan tensó su brazo a la vez que abría la mano y la piedra comenzó a volar. Tan solo dos minutos más tarde, empezó a escuchar la algarabía de sus amigos que ya habían salido de la escuela y bajaban corriendo por la calle de la Fragua. Los recibió frente al pilón, con las patas traseras del conejo en su mano derecha y el brazo estirado en ángulo recto, en actitud de triunfo. Y había sido un triunfo. Para sus amigos, ahora sería el "cazador". Para su familia había resuelto la cena.